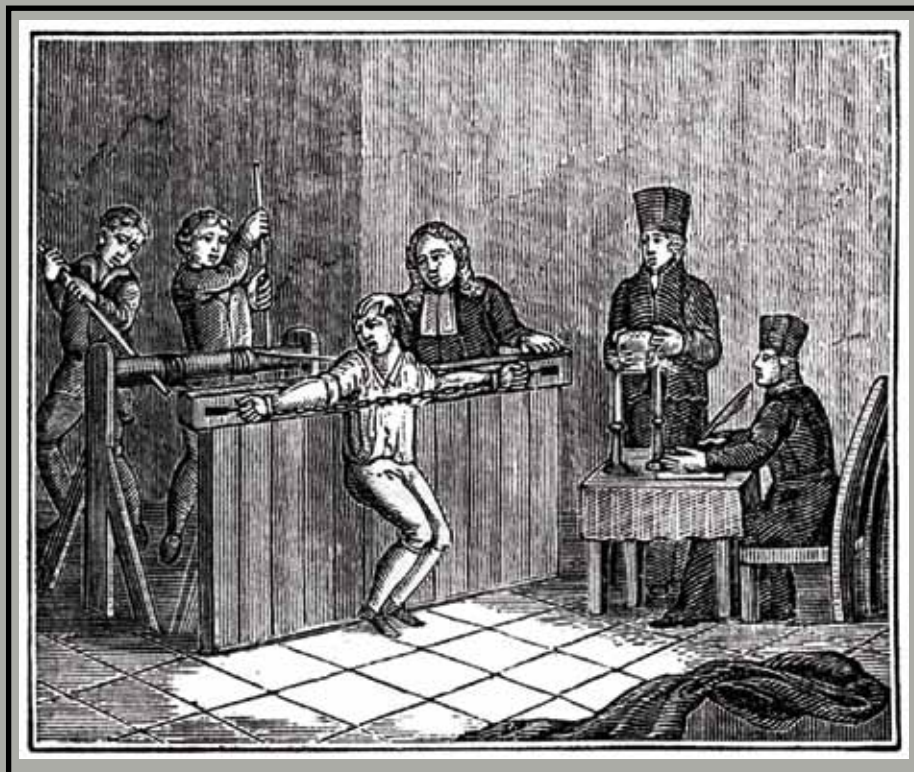


La tiranía paterna

Samuel Johnson
Traducción de Diego García Sierra¹



Los políticos² señalan que ninguna opresión es tan pesada o duradera como aquella infligida por la perversión y la desmesura de la autoridad legal. El ladrón puede ser atrapado y el invasor alejado una vez se les encuentra, pues quienes no ejercen otro derecho más que la fuerza, por la fuerza pueden ser castigados o abolidos. Pero cuando al saqueo se le llama impuestos, y el crimen es perpetrado por una sentencia judicial, la fortaleza se intimida y la sabiduría se confunde: la resistencia se reduce a una alianza con la rebelión, y el villano permanece seguro en las togas del magistrado.

Igualmente peligrosas y detestables son las crueldades que con frecuencia se ejercen en la privacidad de las familias, bajo la venerable sanción de la autoridad paterna, ese poder que nos enseñan a respetar desde que empezamos a tener uso de razón, que está a salvo de insultos y violaciones por todo lo que pueda causar intimidación en la mente del hombre, y que por tanto puede impartir crueldad sin control y pisotear los límites del derecho con innumerables transgresiones, antes de que el deber y la piedad se atrevan a proveer reparación, o bien, considerarse en la libertad de recurrir a algún otro medio de liberación que no sean las súplicas con las cuales la insolencia se regocija, o las lágrimas con las que la crueldad se complace.

Los romanos imaginaron por mucho tiempo que ningún hijo podría asesinar a su padre, y por eso no tenían castigo apropiado para el pa-

rricidio. Parece que creían con igual convicción que ningún padre podría ser cruel con su hijo, y por tanto adjudicaron a todos los hombres la suprema potestad en su propia casa, y dejaron las vidas de su progenie en sus manos. Pero la experiencia les fue informando poco a poco que juzgaron muy apresuradamente a favor de la naturaleza humana; se dieron cuenta de que el instinto y el hábito no lograban reñir con la avaricia y la malicia, que la relación más cercana puede ser violada y que el poder, no importa a quién se le adjudique, puede ser mal empleado. Se vieron obligados entonces a suplir y cambiar sus instituciones, impedir el parricidio mediante una nueva ley, y transferir castigos capitales del padre al magistrado.

Hay por cierto muchos hogares donde es imposible entrar en familiaridad sin descubrir que los padres no están en ningún modo exentos de las intoxicaciones de la dominación, y que aquellos que no logran escuchar reproches más que de sus propias conciencias, raramente pasarán mucho tiempo sin ejercer el arte de controlar con sus convicciones y modificar la justicia según su voluntad.

Si en alguna situación el corazón estaría lejos de toda maldad, se supone que sería en la segura relación paterna. Haber ocasionado voluntariamente la existencia de cualquier ser genera la obligación de hacer esa existencia feliz. Ver a la infancia indefensa extender su mano y derramar su llanto como testimonio de su dependencia, sin ningún poder para despertar celos, o ningu-

na culpa para alienar el afecto, debe por cierto despertar la ternura en toda mente humana, y una vez provocada la ternura crecerá cada hora por el contagio natural de la felicidad, por la repercusión del placer comunicado, por la conciencia de la dignidad del beneficio. Creo que ningún hombre generoso o benevolente podría ver al más humilde de los animales llamando su atención, retrocediendo ante su enojo, brincando alegremente delante suyo, llamándolo en aflicción, o volando a él cuando esté en peligro, sin más amabilidad que la que él está convencido de sentir por los salvajes y asociales habitantes del aire y el agua. Nosotros nos granjeamos de modo natural el cariño de aquellos a quienes impartimos algún tipo de bienestar, porque imaginamos que su afecto y estima están asegurados para nosotros por los beneficios que ellos reciben.

Hay, por cierto, otro método por el cual el orgullo de la superioridad también puede gratificarse. Quien ha extinguido todas las sensaciones de humanidad, y ya no encuentra satisfacción al pensar que es amado como distribuidor de felicidad, se puede complacer a sí mismo, con excitante terror, como el causante de dolor: puede distraer su soledad contemplando el alcance de su poder y la fuerza de sus órdenes, imaginando los deseos que se agitan en la lengua que tiene prohibido pronunciarlos, o el descontento que crece en el corazón confinado por el temor: se puede divertir con nuevas artimañas de descubrimiento, multiplicación de prohibiciones y variedad de castigos, e hincharse de satisfacción cuando considera qué tan poco del respeto que recibe lo debe a la libre elección.

Este tipo de príncipe ha sido conocido, según nos lo ha informado la historia de todos los reinados absolutos, y así como lo observa Aristóteles: *η οικουομικη μοναρχια*, “el gobierno de una familia es naturalmente monárquico”; es decir, como otras monarquías, es con mucha frecuencia administrado arbitrariamente. El tirano imperial y el paterno se diferencian sólo en la extensión de sus dominios y en el número de sus esclavos. Las mismas pasiones causan las mismas miserias, excepto que en raras ocasiones algún príncipe, aunque sea despótico, se

ha sacudido del asombro del ojo público para lanzarse sobre esos monstruos de la injusticia, que a veces son indultados bajo el secreto de una vivienda privada. Órdenes caprichosas, decisiones parciales, concesiones inequitativas, distribución de premios no por mérito sino por capricho, y castigos regulados no por el grado de la ofensa, sino por el humor del juez, son muy frecuentes donde no se conoce otro poder que el del padre.

Ningún hombre confesaría que se deleita con la miseria de los otros, pero ¿cuál otro motivo podría hacer cruel a un padre? Un rey puede ser instigado por un hombre para destruir a otro; puede a veces sentirse amenazado por las virtudes de un sujeto; puede temer al general exitoso o al orador público; su avaricia puede llevar a confiscaciones de oro, y su culpa le puede sugerir que él sólo estará seguro cortando de raíz el poder de venganza.

¿Pero qué opresión puede esperar un padre de aquellos que nacieron bajo su protección, de aquellos que no alcanzan a inquietarlo con competencias, que pueden enriquecerlo sin botines? Por qué motivo los cobardes son crueles es algo que puede deducirse fácilmente, pero ¿por qué razón, no más infame que la cobardía, puede el hombre deleitarse en la opresión de quien no tiene nada que temer?

La injustificable severidad de un padre está cargada con este agravante: que aquellos a quienes lastima están siempre a su vista. La injusticia de un príncipe se ejerce usualmente sobre aquellos a quienes él nunca ha conocido personal o directamente, y la sentencia que él pronuncia, sea de destierro, presidio o muerte, suprime de su vista al hombre que condena. Pero el opresor doméstico se condena a sí mismo a mirar aquellas caras que él ensombrece con terror y pena, y contempla a cada momento los efectos de sus propias barbaridades. Quien puede soportar infligir dolor de manera continua a aquellos que lo rodean y camina con satisfacción en la penumbra de su propia presencia, ése que puede ver la miseria sumisa sin ceder, y se topa sin emoción con los que le imploran misericordia o reclaman justicia, raramente se enmendará por reproches

o admoniciones. Él ha encontrado los medios de bloquear los caminos de la ternura y armar su corazón contra la fuerza de la razón.

Dado que no presta atención a la gran ley de los seres sociales, por la cual cada individuo es obligado a considerar la felicidad de los otros, el padre severo debe ser menos vindicado que cualquier otro criminal porque él aporta menos para su propia felicidad. Todo hombre, aunque ame poco a los demás, podrá eventualmente ser amado. Todo hombre espera vivir mucho tiempo, y confía en que cuando llegue de nuevo el tiempo de la inhabilidad podrá apoyarse en la diligencia de los demás. ¿Pero cómo ha podido obviar las inconveniencias de la ancianidad, que lo hacen depender de la ayuda de sus hijos, y cuya cama deberá estar rodeada en las últimas horas, en las horas de languidez y abatimiento, de impaciencia y dolor, por extraños para quienes su vida es indiferente, o por enemigos para quienes su muerte es deseable?

En buenas mentes, la piedad superará la provocación, y quienes han sido hostigados por la brutalidad olvidarán las heridas que han sufrido, hasta realizar los últimos deberes con prontitud y celo. Pero ningún resentimiento puede ser más doloroso que tal amabilidad inmerecida, ni puede haber castigo más severo sobre un hombre no totalmente perdido en la maldad y la estupidez, que, en el tedio de la decrepitud, sea reprochado por la amabilidad de sus propios hijos, para recibir no tributos sino atenciones, y deber cada alivio de sus miserias no a la gratitud sino a la misericordia. ■

Diego García Sierra (Colombia). Editor y traductor independiente. Ganador de la Beca Nacional de Traducción Literaria, Ministerio de Cultura, 2010, con la traducción de *Historia de Rasselas, príncipe de Abisinia*, de Samuel Johnson.

Notas

¹ Artículo publicado en *The Rambler*; N.º 148, 17 de agosto de 1751. En: Samuel Johnson. *The Major Works*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 232-235.

² En el original, *politicians*. En el siglo XVIII esta palabra significaba un teórico (lo que actualmente sería un politólogo) más que un practicante de la política. N. del E.

